

EL RÍO ATUEL: TOPONIMIA Y LEYENDA.

Hacia el paralelo 35, que atraviesa el meridi6n sanluiseno, el r6o Desaguadero pasa a denominarse r6o Salado, a cuyo caudal confluyen el Tunuy6n y el Diamante. M6s abajo, la pujanza del Atuel revitaliza su trajinar con el 6mpetu de la savia nueva en un viejo tronco. El r6o queda all6, en el nudo gordiano de la confluencia, atado al palenque del progreso mendocino como un bagual cautivo. Pero no siempre fue as6. Anta6o, cuando todav6a la ambici6n del hombre no hab6a oteado la dimensi6n econ6mica de tanta inmensidad de hect6reas irrigadas, el r6o era el l6mite espiritual en el orbe religioso de los abor6genes. En efecto, desde all6 en m6s, esto es, hacia el sur de la traves6a puntana, casi al filo del delta que configura el Diamante al topar el Desaguadero, comienza la **zona misteriosa** del extenso pa6s ranquelino. El Atuel cierra, en su curso, la superficie trapezoidal conocida por "Pampa de la Varita", con el Chalileo al este y el ya citado Diamante al Norte. En la tradici6n se engarza la toponimia y en ella hay notas sustanciales de superstici6n y de leyenda que dan al vocablo esa sugesti6n que rebalsa el dique con que la civilizaci6n detiene sus aguas.

Buceando en la toponom6stica, constatamos que las acepciones acordadas a la palabra "Atuel" coinciden con la tradici6n legendaria, adjudicada a la zona que nos ocupa. **"Atuel: Donde hay quejidos"**, dice Olascoaga ¹. Esta breve versi6n es convalidada por el Dr. Groeber quien, empero, no ha encontrado el vocablo en ning6n diccionario araucano. No obstante, el destacado investigador recurre al aporte oral de un ind6gena culto de nombre Mill6n, que le dijo que "el nombre deb6a significar **quejido**, proveniente, quiz6 de **"ath6, ath6th6y, o sea: "ay, ay, quejidos del que le duele algo"**. Esta misma versi6n es la dada -textualmente- por J. M. de Rosas ("ath6th6y -emvotl'") sin que se sepa si el tal indio Mill6n o Groeber la tomaron de su Gram6tica y Diccionario. ² La terminaci6n "el" (Ath6-el) podr6a ser entonces el participio que termina con esta part6cula, seg6n la Gram6tica araucana de Augusta.

No satisfizo al Dr. Groeber esta interpretaci6n, al punto que supuso que **"Atuel"** fuera un vocablo araucanizado proveniente de otro idioma, suposici6n para 6l tanto m6s veros6mil cuanto "que en tiempo del misionero Havestadt, el r6o ten6a dos nombres: uno araucano, **Pelahuen**, y otro castellano: **el r6o Atuel...**" ³

Para Guaycochea **"Atuel-Leuv6"**, cuya graf6a abor6gen ser6a **"am-tu6 Leuf6"**, el top6nimo equivale a **"corriente alma de la tierra"** (Am, alma; tuel, corruptela de tu6, tierra; Leuv6, corriente). Para este laborioso obrero de la toponom6stica araucana, los **"quejidos"** no tienen el origen extrahumano, sobrenatural que se les adjudica. La verdad es que "siendo el l6quido elemento de esta arteria fluvial el man6 de la vida y necesidad de las poblaciones y especies ribere6as, su escasez por sequ6as peri6dicas motiv6 y motiva protestas y lamentaciones. Por eso

algunos intérpretes traducen su necesidad en esta acepción: **"Río de las lamentaciones"** ⁴

Eliseo A. Tello cree que el nombre auténtico es **"Athéu Leufú"**, haciendo de Atuel corruptela de **"Athéu** (que se lee **"atréu"**, frío) o sea **Corriente Fría**, (Río Frío), lo que bien puede justificarse si se tiene en cuenta "que el estado de las aguas de ese río en cierta épocas del año es el de completa frialdad a causa de que al crecer, arrastra bloques de nieve congelada proveniente de los deshielo de la cordillera de los Andes, que forman su caudal."⁵

Podrán ser acertadas o no las interpretaciones de Olascoaga, Guaycochea o Tello e, incluso, podrán tener visos de certeza esa duda crítica de Groeber que lo lleva por derroteros mocovíes en pos de la etimología. Pero lo cierto es que el **"athúthúy"** plañidero a que hacemos mención más arriba, ha dado pábulo a leyendas que se animan de sobrenaturalidad a influjo de ese clima de superstición en que todavía viven los comarcanos. El mismo Tello recoge la tradición ranquel según la cual era en las riberas de ese río donde iban a resucitar todos los indios de esa raza. El mito de la resurrección tenía, agreguemos, su complemento en el de la reencarnación. Distintos indigenistas coinciden en asignar a las tribus de raíz araucana no sólo creencia en la inmortalidad del alma sino también en ciertas formas de metempsicosis. La transmigración como en las doctrinas de antaño y ogaño, se ajusta a ciertos cánones: elección de cuerpos más o menos perfectos, rango o abolengo, merecimientos ganados en la vida anterior, etc. Por lo general, los exorcismos del machí en la muerte de un cacique o capitanejo, así como las oraciones de las lloronas, se complementan con la exaltación de los méritos y hazañas del difunto y el pedido de que sus virtudes se reencarnen en el sucesor.

La de la resurrección a la vera del Atuel es leyenda que tiene su asidero concreto en el hecho de que los araucanos tenían predilección por los sitios húmedos para enterrar a sus muertos. ¿Cuál era el motivo? Veamos el testimonio de Diego de Rosales. Dice éste, en efecto, que "en muriendo un indio se junta toda la gente a enterrarle, y todos, aunque no sean sus parientes, se han de estar llorando veinte y cuatro horas y repelándose los cabellos. Y al cabo de un año le hacen las honras volviéndose a juntar todos, y para esto le desentierra, que por ser los lugares de los entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene oficio de cirujano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándole los huesos limpios, que seca al sol, y luego los va pintado de colorado y amarillo y otros colores, y la carne la entierra...". El arqueólogo y antropólogo Milcíades Alejo Vignati, que toma esta cita de la "Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano", editada en Valparaíso en 1877, no dice que Rosales creyó que los huesos así pintados eran depositados en una casa adyacente a la de los deudos, y luego transportados cada vez que, en su vida nómada, se movilizaban las tribus. No reparó Rosales en el hecho de que alguna vez tuvo que darse sepultura definitiva a los huesos, desde que no es posible que se cargue de aquí

para allá y así que pasaran los años, con todo un osario familiar. De allí que Vignati, al destacar ese detalle, haya recurrido a la documentación de Falkner, que manifiesta que "cuando removían el esqueleto, lo cargaban en uno de los caballos favoritos que habían dejado vivir con ese objeto, lo engalanaban lo mejor que podían con mantas y plumas, y emprendían viaje "aunque sea de 300 leguas" hasta llegar al enterratorio situado "en la costa del mar océano"⁶. "Paquetes" funerarios como los mencionados (algunos con huesos pintados), destaquemos, han sido hallados por Lehmann Nitsche en la zona de San Blas, provincia de Buenos Aires.

Es indudable que a medida que se fue estrechando el cerco, y los grupos araucano-ranqueles se fueron replegando a instancias del avance de las fuerzas armadas del gobierno, las posibilidades de aproximarse a sus enterratorios costeros se fueron constriñendo. De allí que confiaran a la entraña húmeda del médano cercano a su "habitat" los despojos de sus muertos, y al río, en el tramo final del rito, la calidad de morada definitiva, acaso para que en su corriente se purificase el alma y transmigrara a otro ser limpia de culpas.

Las leyendas del Atuel han ingresado ya al campo de la superstición. Y, tal como consigna Tello -que vivió en el paraje- para los criollos del lugar la zona ha sido escogida por Dios para confinar en ella a las almas perversas que no tienen entrada en el paraíso. Por eso, cuando la calma es propicia e, incluso, puede percibirse "el ruido del silencio", el aire se estremece con la vibración del gemebundo **Athúthúy...athúthúy...** de las almas perdidas. Se dice entonces que es ese el castigo de **Vuta-Huentrú** (El-que-todo-lo-puede) impuesto a quienes infringieron sus leyes en la vida terrenal. Y si el forastero que arriba a esos pagos se le da por sugerir que la causa de esos lamentos y extraños silbidos puede ser el soplo del viento al colarse por las oquedades y grietas de los árboles ribereños, no faltará quien se santigüe para ahuyentar la sombra de Gualicho, proyectada en forma de duda sobre su espíritu...

Bibliografía

¹ Manuel J. Olascoaga... "Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro" Tomo 1 (pg. 13).

² Juan M. de Rosas... "Gramática y Diccionario de la Lengua Pampa" (pg. 203).

³ Pablo Groeber... "Toponimia Araucana" (pg. 20-21).

⁴ I. Guaycochea... "Lenguaje Topográfico de La Pampa" (pg. 53). "Monitor de la Educación Común N° 753, Set. de 1935.

⁵ Eliseo A. Tello... "Toponimia Araucana del Territorio de La Pampa" (pg. 56).

⁶ Milcíades A. Vignati... "Las Culturas Indígenas de La Pampa" (pg. 571-572).